

O. Uña Juárez y otros
EL URBANISMO ANTE EL ENCUENTRO DE LAS CULTURAS. LA UNSERCIÓN SOCIOESPACIAL DEL INMIGRANTE EN LA COMUNIDAD DE MADRID.

Dirección General de Urbanismo y Planificación Regional. Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio, Comunidad de Madrid, 2005, 299 pp.

Cada vez cobra mayor importancia la movilidad geográfica bien sea dentro de los límites territoriales que marcan la soberanía de las naciones o más allá de las fronteras sociopolíticas. Esta movilidad, conocida también como migración, con sus componentes de salida y de entrada de determinados espacios, incide en la generación de medidas y propuestas para que los traslados se hagan de manera regulada, al menos desde el punto de vista de los países receptores. Hoy en día la discusión de la regularización inmigratoria no se limita solamente a las políticas de ciudadanía, sino que abarca otros ámbitos, como por ejemplo las propuestas de integración social, educativa, laboral, etc. de los recién llegados y de cómo los recursos de los países han de administrarse para servir a quienes ya son ciudadanos. Aunque los flujos migratorios forman parte de la historia de la humanidad, hay que destacar, que la convivencia de personas y grupos procedentes de diferentes culturas, etnias, religiones, etc. por un lado pueden ser fuentes de nuevas posibilidades de enriquecimiento cultural y de apertura de pensamientos, pero también por otro lado pueden

ser los orígenes de nuevos conflictos sociales.

Los sociólogos de la Escuela de Chicago (iniciadores de una nueva rama de la sociología que se llamaría «ecología urbana» y pioneros de la sociología medioambiental) plantearon al observar sociológicamente la vida de una ciudad, que buena parte de sus problemas se deben a la influencia del espacio (organización del territorio, transportes y comunicaciones, estructura demográfica, etc.) En este sentido la Escuela de Chicago analizaría y destacaría cómo las relaciones espacio-temporales de los seres humanos, en cuanto que dependen de factores de selección, de distribución y de adaptación mantienen relación con el medioambiente.

En este sentido *El Urbanismo ante el encuentro de las culturas* es un trabajo llevado a cabo bajo la dirección de Octavio Uña Juárez, catedrático de Sociología de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, y por distintos autores, todos ellos formados en Ciencias Políticas y/o Sociología y con experiencia en materia de urbanismo e inmigración. Este estudio es una importantísima aportación a la hora de planificar las nuevas políticas urbanas teniendo en cuenta las nuevas necesidades sociales, puesto que el colectivo de inmigrantes cada vez aumenta más en España y sobre todo en la Comunidad de Madrid; siendo ésta una de las regiones españolas más elegidas por los extranjeros. En la primera parte del trabajo han partido de la hipótesis de que (según los datos con los que se cuenta hasta el momento) la inserción socio

espacial de la población inmigrante en la Comunidad de Madrid se está produciendo sin ningún conflicto generalizado susceptible de ser destacado. Según sus autores hay una serie de factores que explicarían porqué dicha inserción se está llevando a cabo en la Comunidad de Madrid de una manera más o menos normalizada. Destacan que es un proceso joven, que la primera generación aún no está asentada y que la región de Madrid está viviendo un ciclo económico expansivo, sobre todo por el «boom» inmobiliario. Consideran que los inmigrantes se están acomodando en la ciudad sin grandes conflictos, ya que este colectivo se está especializando en trabajos socialmente necesarios y sin cualificar. Por último y dentro de estos factores destacan el nivel de bienestar madrileño, puesto que este es mejor que hace 20 años. Otra de las cuestiones abordadas es la seguridad; ésta en muchos casos, genera una percepción distorsionada de la realidad, en la que el miedo se instala en la mente de los ciudadanos a pesar de que en muchas ciudades, como es el caso de Madrid, dicha percepción no se corresponda con las estadísticas sobre la realidad. También, es de resaltar dentro de esta primera parte que el exhaustivo análisis que han realizado en cuanto al marco jurídico de la extranjería, del que cabría señalar aspectos como que la integración social y espacial se encuentra condicionada por las razones jurídicas que regulan su permanencia y que la integración residencial y el status legal guardan muy estrecha relación; se hace hincapié, a la vez, en la necesidad de la cooperación internacional.

En una segunda parte del trabajo, cabe destacar el riguroso y acertado análisis que los investigadores han llevado a cabo sobre el entramado urbanístico de la Comunidad de Madrid y su relación con la distribución de la población inmigrante. El cambio de escala que se está produciendo en las ciudades, así como la creciente transformación de los modos de vida, han traído consigo que los espacios públicos pierdan protagonismo a favor de los espacios colectivos, por lo que es preciso que los mismos sean atendidos en los proyectos urbanísticos; de ahí que se esté llevando a cabo un proceso de reconstitución del paisaje urbano madrileño. Normalmente los estudios sobre urbanismo están más centrados en el crecimiento urbanístico, en cambio pocos estudios de este tipo realizados hasta la fecha tienen en cuenta aspectos relacionados con los sistemas de servicios sociales, educativos, sanitarios, etc.; en este caso, el trabajo que dirige el profesor Octavio Uña ha analizado la situación de los inmigrantes dentro de los distintos sistemas de bienestar social.

Una notable peculiaridad muy relevante en la última parte de este tratado es el análisis de espacio urbano colectivo como encuentro de culturas. Los elementos simbólicos de los espacios públicos que las ciudades construyeron en el pasado, hoy ya no sirven para representar los flujos que circulan por ellas. El espacio colectivo urbano es un complejo fenómeno social que trasciende lo público y que acoge formas de interacción institucionalizadas y relaciones libres. Hoy en día, los indivi-

duos son plurales, pertenecen a distintos lugares y se desplazan por espacios reales y virtuales distintos. En este sentido el espacio colectivo urbano ha sido analizado como centro neurálgico para el desarrollo de las ciudades. Los autores apuestan por planes urbanísticos que se basen en la construcción de una ciudad cultural y activa, la arquitectura y el urbanismo deben ser respetuosos en lo que se refiere a la ocupación del espacio público, la sostenibilidad medioambiental y las distintas culturas, siendo ello un factor diferencial de cada ciudad.

Dado que la Comunidad de Madrid, y sobre todo su capital, Madrid, está inserta en un contexto global, y puesto que las ciudades se han convertido en el escenario en el que se acumulan tensiones, desarrollo y nuevas formas de expresiones sociales, el resultado de esta investigación es un valioso documento, es un instrumento indispensable y recomendable a la hora de planificar y ejecutar las futuras políticas urbanísticas.

M. AGUILAR GIL

J. Díez Nicolás

LAS DOS CARAS DE LA INMIGRACIÓN

Documento del Observatorio Permanente de la Inmigración

Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 2005, 423 pp.

Entre la multitud de investigaciones desarrolladas sobre la inmigración

en España, destaca la línea seguida por el profesor Juan Díez Nicolás. Como especialista en el estudio de valores, ha dirigido su atención a la comprensión de las diferentes percepciones, mantenidas entre sí por los diversos miembros de cada uno de los agregados étnicos y culturales implicados en este fenómeno. Su objeto ha sido el conocimiento de los desafíos de las nuevas circunstancias demográficas para la cohesión social y el desarrollo sostenible. Partiendo de la consideración de los cambios producidos en los últimos años, señala dos cuestiones fundamentales: los prejuicios y estereotipos de la ciudadanía de la sociedad de acogida y la concepción de los extranjeros ante sus circunstancias. Así, a diferencia de los análisis precedentes, dirigidos bien al conocimiento de las actitudes de la población española ante el fenómeno migratorio, o bien al examen de las pautas de comportamiento de los extranjeros ante la sociedad receptora, en la presente ocasión ha procedido con el contraste de ambas perspectivas de análisis.

El carácter innovador de esta obra se advierte en la metodología, empleada en su elaboración, y en sus singulares aportaciones. Teniendo en cuenta la naturaleza recurrente de la realidad social, cuyo sentido se alcanza en la concurrencia de los agentes concernidos en ella, el análisis del cruce de las visiones de los actores nos proporciona, sin lugar a dudas, la concepción más acertada de la dinámica de los fenómenos sociales. La integración social de los extranjeros siempre supone un debate entre las características

antropológicas de las sociedades de acogida y de origen del desplazado. De igual manera, el acierto de su trabajo se encuentra en la pretensión de comprender las creencias y valores intercambiados en el fluir del referido proceso a través de una extensa y variada gama de sondeos. Aparte de los resultados de los trabajos precedentes, el autor procede con la evaluación de la dinámica de los soportes del conflicto intercultural que la inmigración puede provocar en nuestro entorno geográfico.

El tratamiento de lo expuesto ha sido presentado mediante diferentes etapas donde la dispersión de rasgos, propios de toda práctica social, alcanza paulatinamente coherencia plena. Desde la aclaración de las definiciones básicas, normalmente desatendidas en muchas investigaciones, procede a desmenuzar el cuadro de cogniciones y creencias que sirven de soporte para el desarrollo de las actitudes y comportamientos xenófobos e intolerantes. La intención del primer paso ha sido la definición de la inmigración económica mediante su distinción con cualquier otra forma de extranjería. Posteriormente, en la descripción de las condiciones de la referida realidad hace especial mención al fuerte y acelerado crecimiento del número de trabajadores procedentes de otras nacionalidades. La evaluación de los efectos de este fenómeno en la conciencia de las personas incursas en tal proceso, se efectúa sopesando las diferentes perspectivas de los diversos actores concurrentes en él. De esta forma, se procede, por separado, con el estudio de las percepciones de la pobla-

ción autóctona y de la población inmigrante. La estimación del nivel de aceptación de la otredad es enriquecida con la confrontación de otras cuestiones relativas al modo de vida de cada grupo de personas.

La búsqueda de la relevancia de las condiciones geográficas en las actitudes de rechazo se lleva a cabo en los últimos capítulos. La necesidad de tratar este punto venía dada por el carácter dominante de tal presupuesto en la opinión pública y en el ámbito académico. Lo importante era destacar cómo dichas argumentaciones pueden inducir a error. Así se afirma que aunque se registra una variación importante entre las comunidades autónomas, ésta se debe a factores sociales sin vinculación con los rasgos espaciales. La culminación de las observaciones relativas a la temática investigada se hizo a través de la comparación de lo realizado hasta el momento con los datos de otras investigaciones internacionales sobre valores, como las llevadas a cabo por el International Social Survey Program, y el apereamiento de la variación de la percepción de la realidad de estos nuevos ciudadanos hacia convicciones menos materialistas, según se van acomodando a un entorno social de mayores expectativas de prosperidad.

Entre la multiplicidad de conclusiones de un estudio tan extenso y minucioso, sobresale el reconocimiento de la alta tolerancia de la sociedad española cuando se la compara con el entorno internacional. Tal circunstancia es claramente visible en los datos aportados aun a pesar de la prudencia obliga-

da por la juventud de la actual tendencia al crecimiento mecánico de la población española. Los diferentes sondeos no apuntan a un aumento fuerte de la xenofobia, aunque la llegada de inmigrantes de los últimos años haya sido espectacular. Además, se destaca la diferencia del grado de rechazo según sea el país de procedencia. En este estudio se destaca como en España se tolera mejor a los originarios de las naciones iberoamericanas que a los procedentes de África o Asia. En lo relativo a la variación de las convicciones de los inmigrantes, se enfatiza el crecimiento de la sensación de bienestar de estas personas con respecto a la mantenida por sus compatriotas en la nación de origen y la modificación que están experimentando hacia valores de la cultura post-materialistas, siguiendo la pauta general de la sociedad receptora.

T. GOMARIZ ACUÑA

M. Herrera Gómez

LA CULTURA DE LA SOCIEDAD EN TALCOTT PARSONS

Thompson-Aranzadi, Navarra, 2005, 244 pp.

Al contemplar el título de esta obra podemos exclamar con toda razón: ¡De nuevo Talcott Parsons! Sin duda, es sumamente curioso el destino de la obra de este sociólogo norteamericano. En un primer momento fue considerado el gran unificador y, en gran medida, el artífice de la institucionalización de la sociología como ciencia al menos en los

Estados Unidos. El estructural-funcionalismo fue el paradigma dominante durante los años cincuenta del siglo XX. Sin embargo, en las décadas siguientes su obra fue atacada y revisada con dureza. Manuel Herrera Gómez, profesor de sociología de la Universidad de Granada, no se centra aquí en estos ataques –por otra parte, magníficamente recogidos por el profesor Jeffrey C. Alexander en *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial* (Barcelona, Gedisa, 1995)-. El objetivo del mismo es “ocuparse de la cultura para dar actualidad al desafío que Parsons lanzó a la teoría sociológica” (p. 14).

Manuel Herrera Gómez analiza la evolución del pensamiento parsoniano en relación a la cultura. Y, pese a dicha evolución, es posible construir una imagen meridianamente clara de la cultura en su obra. Para Parsons: “Los sistemas culturales consisten en «objetos eternos» hacia los que no es aplicable la categoría tiempo y que sólo existen en la mente de los individuos (es decir, aunque son objetos físicos son culturales en cuanto implican una comprensión simbólica). De ellos no es posible una comprensión causal, sino sólo una comprensión basada en el significado. Por tanto, los sistemas culturales pueden ser considerados como productos de la acción y como sus elementos condicionantes” (p. 47). Así, la interacción social solamente es posible mediante la existencia de una cultura que posibilite la comunicación y, viceversa, la interacción es la base de la aparición de una cultura. A este hecho

lo denomina la “doble contingencia” de la acción.

Pero, además de ser base de la acción social, la principal función de la cultura respecto del sistema social es, sin duda, el mantenimiento del orden social. “Parsons (...) aclara que el «orden social» existe, es observable y se pregunta «cómo» es posible. La solución parsoniana es clásicamente normativa. El orden social es posible en cuanto existe un «sistema común de normas y de valores» que, interiorizado por los actores sociales e institucionalizado en la sociedad, permite seleccionar «medios adaptados-lícitos» para la consecución de «fines socialmente legítimos»” (p. 42). El sociólogo así ha de interesarse especialmente en la conexión del sistema cultural con el sistema de la personalidad y los sistemas sociales. El sistema cultural es estudiado en cuanto interconectado al sistema social y de la personalidad.

Parsons realizó un análisis formal del sistema cultural, en el cual encontraba la existencia de cuatro grandes procesos de simbolización: cognitiva, expresiva, moral o evaluadora y constitutiva. La cultura resulta una estructura profunda y permanente, pues “puede sobrevivir a la extinción de los sistemas sociales y a la muerte de los sistemas personales” (p. 117). En todo caso, a Parsons le interesaba especialmente la descripción formal del sistema cultural, no tanto la descripción de su “contenido”. Al igual que al lingüista puede parecerle más interesante la descripción del código que del contenido, a Parsons

le interesaba la descripción del sistema cultural más que de su contenido específico.

Pese a ello, también realizó una descripción del sistema de valores estadounidense, que consideraba guía del proceso de modernización. Pensaba que existía una cultura propia de la modernidad, ejemplificada por los Estados Unidos, y que tenía en la base el cristianismo y la cultura grecolatina. Además, existía un proceso de convergencia cultural a nivel mundial. El marxismo y la religión civil norteamericana no eran sino dos formas de una misma cultura occidental. “Esta base común de valores religiosos generalizados adopta, en la modernidad, al menos dos formas: la de la religión civil americana y la de la religión secular marxista” (p. 145). La modernidad, pues, aporta un modelo cultural propio al cual convergen otros sistemas culturales.

De nuevo Talcott Parsons, sin duda. Hemos dejado atrás años de críticas justas y fundadas. Desde su estilo oscurantista –como le reprochaba C. Wright Mills, aunque con argumentos similares podríamos afirmar lo mismo de autores como Pierre Bourdieu o Jürgen Habermas-, hasta su justificación ideológica conservadora del sistema capitalista, pasando por un énfasis excesivo en la normatividad y en el papel de la socialización o su incapacidad de integrar el conflicto en su modelo explicativo. Y, sin embargo, su obra reaparece de tanto en tanto, porque no podemos dejar de señalar su importancia. El deseo de integrar los aspectos conductuales y subjetivos o el intento de

construir una teoría de la acción multidimensional siguen siendo piezas necesarias para la teoría sociológica. Como afirma el autor: “En nuestra opinión, su teoría «formal» del sistema cultura, aunque revisada a la luz de las críticas más congruentes, aún puede enseñar mucho a una sociología «interpretativa»” (p. 149). El análisis de la dimensión cultural –muchas veces vista como algo ausente del modelo parsoniano-, aún puede iluminar determinadas áreas del estudio de la cultura.

A. MARTÍN CABELLO

X. Bouzada Fernández (Coord.)
CULTURA E PARTICIPACIÓN
Consello da Cultura Galega, Santiago
de Compostela, 2004, 217 pp.

La existencia de la cultura depende del hecho social participativo que genera la necesidad de compartir una serie de valores y visiones del mundo. La obra que aquí reseñamos, que supone la presentación de las Actas del III *Encontros Cultura e Concellos* celebrados los días 30 de noviembre y 1 de diciembre de 2001 en Santiago de Compostela, aborda desde un punto de vista teórico y práctico la relación entre cultura y participación como los dos pilares fundamentales sobre los que gira la acción cultural desde el momento en que las sociedades occidentales, sobre todo a partir de los años cincuenta, se propusieron integrar la acción cultural como una herramienta al servicio de la construcción de una ciudadanía moderna y democrática.

Las contribuciones que diversos especialistas en la materia hacen en esta obra, pretenden acercar líneas de análisis y marcos teóricos de reflexión al mismo tiempo que mostrar algunas de las experiencias más relevantes sobre el tema. Para ello, la obra se estructura en dos partes, una primera parte que desarrolla aspectos teóricos y metodológicos de la relación entre cultura y participación, donde podemos destacar las acertadas aportaciones de personas implicadas de lleno en los desafíos participativos de la acción cultural y comunitaria. Mención especial merecen los dos trabajos teóricos de inicio llevados a cabo por dos especialistas en la materia de conocido nombre en el desarrollo de los estudios sobre cultura, X. Bouzada y A. Ariño. El primero realiza un completo análisis introductorio que aspira a dilucidar la doble faceta de una dialéctica que oscila entre la progresión del vínculo que une cultura y participación y las líneas de desarrollo de una especializada cultura de la participación, la cual en los últimos tiempos estaría tomando forma a partir de su aplicación en la promoción de diversos procesos de tipo social, político y cultural. Por su parte A. Ariño aborda el análisis de la relación entre la promoción del patrimonio y la cultura popular. El patrimonio actúa como un factor dinámico capaz de contribuir a una formación de la identidad y de la cultura popular, siguiendo esta tesis, A. Ariño presenta el patrimonio como una importante herramienta de movilización que inspira un movimiento asociativo de grande alcance y calado.

Los otros dos trabajos que cierran la primera parte de la obra se desarrollan desde una orientación paralela ya que ambos realizan una contribución metodológica encaminada a la promoción de dinámicas participativas siguiendo sendas experiencias de acción sociocultural. O. Rebollo desarrolla una serie de propuestas metodológicas contrastadas con la experiencia del Plan Comunitario en el barrio de Trinitat Nova en Barcelona. Este plan, tiene como premisa central la educación para la participación con la finalidad de mejorar el escenario de futuro del barrio en lo que respecta a sus condiciones de vida a todos los niveles, promocionando la participación e implicación vecinal en el desarrollo de proyectos colectivos y en la comunidad. Por su parte, M. P. Rúa contribuye con un trabajo original que parte del estudio de la actividad teatral en la península de Morrazo, para mostrarnos cómo las dinámicas participativas están directamente relacionadas con la existencia de procesos estables y sostenibles de actividad y programación cultural.

La obra, en su segunda parte, recoge una serie de diferentes experiencias sobre cultura y participación. La primera de ellas muestra un trabajo, realizado por el concello portugués de Palmela, que resulta particularmente interesante dado el hecho de que en su experiencia se funden las dos dimensiones que nos sirven como marco teórico de partida: la promoción de una línea de desarrollo de una acción cultural participativa, junto con el desenvolvimiento de sus propósitos participativos,

para establecer una verdadera cultura de participación.

Otra de las experiencias recogida en esta segunda parte remiten a iniciativas relevantes y ambiciosas puestas en marcha en algunos de los concellos gallegos de tamaño mediano y pequeño. Sirve de ejemplo el “Festival da Cultura Quente” celebrado, desde 1998, en Caldas de Reis y que se ha convertido en un espacio alternativo para promover la idea de la cultura viva, comprometida y participativa, donde la tradición y los nuevos territorios culturales se complementan. Arrojan más luz a este tema las líneas de acción existentes en pequeños concellos y comunidades, como ejemplo se muestran las colaboraciones de Ch. Quintana sobre el concello de Vilar de Santos y la de A.R. Corbal sobre la parroquia de Lodoselo.

El papel del asociacionismo como motor de participación cultural figura representando con dos dilatadas experiencias ambiciosas y relevantes, en primer lugar la de la asociación Xermolos de Guitiriz, asociación que lleva más de veinticinco años vinculada al desarrollo de políticas culturales orientadas a la juventud y que, como foro de diálogo y participación, realiza numerosas actividades a lo largo del año como conferencias, cursos, jornadas y festivales. En segundo lugar, el Centro Vecinal y Cultural de la parroquia de Valadares en Vigo que desarrolla una gran actividad social y cultural en toda la zona.

Mención especial merece la presentación que A. Rico hace del prestigioso Plan Comunitario del barrio de

Caranza en Ferrol, barrio de nueva creación en el extrarradio con escasos recursos en materia de servicios sanitarios, sociales y culturales. Los objetivos del Plan Comunitario persiguen la intervención de una manera integradora, participativa, coordinada, interdisciplinar y evaluable, que logre vertebrar la participación de distintos sectores de la población y los recursos comunitarios en áreas de intervención que aborden los distintos problemas y necesidades específicas del barrio. Interesante también es el análisis de la experiencia de la Casa da Xuventude de Ourense que viene a ampliar el abanico de experiencias de casos respectivos de comunidades de barrios y de los equipamientos socioculturales. Cierra esta obra la acertada participación de P. Moa Banga que relata la experiencia de una novedosa asociación que pretende favorecer la participación en la sociedad de los jubilados como un colectivo emergente que cuenta con un fuerte potencial de libertad, destrezas y conocimientos con que contribuir al desenvolvimiento de nuestras comunidades.

Nos encontramos ante una obra de referencia importante para sentar las bases que definan la relación entre cultura y participación, relación esta que posee un carácter constitutivo. La participación en la cultura es imprescindible para que las políticas culturales alcancen sus objetivos fundamentales ya que reconstruye la memoria de una comunidad, pone lazos a su creatividad y potencia su capital humano.

J. HORMIGOS RUIZ

C. Monzón

ENCUESTAS Y ELECCIONES

Tecnos, Madrid, 2005, 241 pp.

El profesor Cándido Monzón, Profesor de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, presenta en este libro una interesante indagación centrada en la cultura y la comunicación política, con singular aplicación en la historia reciente del sistema democrático español. El eje de su investigación cuantitativa se ocupa de cotejar las encuestas preelectorales publicadas por los medios de comunicación respecto a la intención de voto directo y los resultados electorales, referidos a las elecciones generales celebradas en nuestro país desde 1977 hasta 2004. Con todo, la obra desborda ampliamente el núcleo temático citado para responder a un lúcido y sistemático estudio de cómo ciertos elementos configuran los sistemas democráticos al uso, con sus variables efectos de distorsión o reproducción de la opinión pública en las campañas y resultados electorales.

Tras una introducción, dedicada a situar la demoscopia y las encuestas de opinión en el contexto de la comunicación política, adelantando así la complejidad de su exploración por parte de las ciencias sociales, en los dos capítulos siguientes el autor describe con precisión los sistemas electorales y los entresijos normativos y formales asociados al sufragio ciudadano. Estos contenidos inciden tanto en la evolución y trabas del derecho al voto como en los principios y elementos que lo sustancian y garantizan. Especial atención se ofrece

al sistema electoral español, incluyendo la ley electoral de 1985 y la aplicación de la polémica fórmula de D'Hont, con un exhaustivo análisis de sus efectos en la sociedad civil y política.

Los capítulos cuatro y cinco profundizan en las encuestas de opinión como herramientas útiles para recoger información aproximada acerca de actitudes, opiniones, valores, y hasta de la opinión pública. Con una perspectiva científica, C. Monzón expone desde los antecedentes y desarrollo histórico de esta técnica de investigación hasta su elaboración, límites, adecuación a los medios de comunicación y tipos de elección, usos comunicativos y políticos. Y continúa, en los dos capítulos restantes, con un excelente estudio que contrasta los resultados electorales con las encuestas previas publicadas en los medios, tomando los datos relativos a las elecciones generales al Parlamento español desde 1977 hasta 2004; dicho examen comparativo, bien ilustrado con profusión de cuadros y anexos, se completa con un tratamiento cualitativo del tema tomando como referencia los titulares de la prensa sobre las encuestas publicadas en las campañas electorales de 1996, 2000 y 2004. El sentido último de las interrelaciones establecidas por estas dimensiones sociales, y los procesos concomitantes de participación, comunicación y cultura política de los que son reflejo, se recogen en el epílogo. El texto se cierra con una cuidada bibliografía, clasificada en torno a los tres aspectos claves (elecciones, encuestas de opinión, cultura y comunicación política) que lo articulan y desarrollan.

Como puede comprobarse por la secuencia lógica de lo tratado en los diversos capítulos, el libro está bien elaborado, integra con orden y claridad las cuestiones teóricas y empíricas, al tiempo que plantea cuestiones de plena actualidad con un tratamiento objetivo y riguroso. Son destacables la precisión de los conceptos y la presentación de los datos, el dominio de la materia y la ágil escritura en sintonía con la estructura del texto. Por todo ello es recomendable a lectores de diversa formación e intereses, desde estudiantes universitarios que pueden beneficiarse de las indudables ventajas que suponen la concisión y precisión con que se expresa el autor, hasta expertos en la materia, atentos a ensayos que abordan rasgos específicos de la ley electoral, el sufragio y las encuestas preelectorales en el marco de la democracia española. Es indudable también que su lectura tiene alicientes para quienes se dedican al ejercicio activo de la política, con independencia del signo ideológico que defiendan y, sin ánimo de agotar esta breve relación de receptores, para quienes construyen la visión mediática de la participación política de los ciudadanos.

I. MORÁN MORÁN

R. Sanmartín

OBSERVAR, ESCUCHAR, COMPARAR Y ESCRIBIR. LA PRÁCTICA DE LA INVESTIGACIÓN CUALITATIVA

Ariel, Barcelona, 2003, 149 pp.

Desengañese el lector si lo que espera encontrar en el presente texto

es un manual al uso, de esos en los que el contenido viene masticado bajo decenas de epígrafes y se presenta ya tan digerido que parece la verdad absoluta y postrera sobre la práctica de la disciplina. Nada más lejos del propósito de su autor, y nada más lejos de su estilo, el de Ricardo Sanmartín, eminente catedrático de Antropología Social en la Universidad Complutense de Madrid, maestro ya de tantas promociones de antropólogos. Lo que aquí se nos propone es recorrer un camino más espinoso y comprometido que el que transitan los manuales convencionales sobre los métodos y las técnicas de investigación: el de reflexionar sobre la práctica antropológica desde la propia práctica, la suya, felizmente abrumadora, por caudal, variedad y calidad, fruto de dos décadas luengas de trabajo a pie de cañón, en las que ha tenido ocasión de averiguar en primera persona lo muy tramposos que suelen ser los *a priori* metodológicos. El resultado es libro luminoso, sincero e íntimo, un vívido testimonio en primera persona de la experiencia del autor en la investigación de campo, y una transparente meditación sobre la naturaleza y el quehacer antropológicos.

Sin ser el consabido manual, este texto brinda conocimientos y reflexiones que serán de provecho por partida doble. El lector más práctico, aquel que busca consejos útiles para la investigación aplicada, encontrará cumplida satisfacción en los capítulos II, III y V. En los dos primeros se examinan, respectivamente, las que posiblemente sean las técnicas cualitativas más que-

ridas de la disciplina antropológica: la observación participante (técnica esencialmente no discursiva) y la entrevista en profundidad (técnica puramente discursiva). En el capítulo V, en cambio, se repasa un asunto cuya presencia es poco frecuente en los manuales antropológicos: el proceso de la escritura del informe. En los tres apartados referidos el planteamiento es el mismo: la experiencia personal del autor en la investigación de campo ilustra los entresijos de la aplicación de cada técnica, al tiempo que alimenta el discurso principal del autor acerca del método antropológico. Y es así como el otro tipo de lector, ese que se siente más preocupado por los fundamentos y las dificultades teóricas de la disciplina, hallará esos capítulos igualmente atractivos. De manera más evidente aún, este segundo tipo de lector hallará la máxima complacencia en los capítulos restantes, el I y el IV, pues en ellos ofrece Sanmartín el meollo de sus reflexiones epistemológicas y metodológicas. Mientras que en el primero el foco se sitúa en la razón y la creación antropológicas; en el cuarto se procede a una aguda discusión sobre el papel de los valores en el proceso del conocimiento antropológico, mediante un diálogo continuo con los textos de M. Weber, que emerge constantemente como referencia imprescindible (aunque a menudo reñida) de este libro.

Muchas son las ideas y reflexiones que confluyen en este breve pero denso estudio. Todas parten, sin embargo, del mismo supuesto: el trabajo del antropólogo social debe sacudirse de

encima la búsqueda de las semejanzas culturales y procurar, en cambio, el examen de las diferencias, esto es, la “aprehensión comprensiva de la alteridad cultural” (p. 29). Desde esa presunción, una intuición cardinal recorre el libro entero: la investigación antropológica requiere la inmersión plena del investigador en el trabajo de campo, experimentando en carne propia la singularidad de la cultura del otro e interpe­lándola al compararla con la suya de origen. De este modo, a la vez que los conocimientos del antropólogo, también sus valores, su ética, su moral, su imaginación, sus emociones, sus sentimientos y, en definitiva, su voluntad, se ponen al servicio de la aprehensión y comprensión de la cultura ajena. No es capricho el proceder así: responde a una exigencia de la “razón antropológica”, que es “razón en gerundio”, pues constituye un auténtico “encuentro con la vida” (p. 46), la del otro, que está en constante reconstrucción, y que el investigador no sólo debe conocer, sino que también debe experimentar, pues sólo transformado por esa vivencia podrá descubrir la esencia de la alteridad y, así, interpretarla y comprenderla adecuadamente. Los instrumentos que auxilian al antropólogo en esa tarea afectan a todos sus sentidos, dentro de un “trabajo de campo largo e intensivo” (p. 40). De manera más concreta, consisten en: (1) observar los hechos o comportamientos de los actores, para desentrañar los significados de los valores y de las imágenes de valor que estos manejan y confieren a su realidad, siempre desde “la máxima proximidad que otorga la pre-

sencia y la participación”, pero obrando siempre con un escrupuloso respeto de “la distancia crítica y metodológica de una ciencia social” (p. 57) (en suma, observación participante); (2) escuchar las declaraciones de los actores, a partir de preguntas cuyo propósito, no obstante, es encontrar, descubrir, más que guiar o seleccionar (entrevista); (3) comparar, tanto lo observado como lo escuchado, con las propias referencias culturales, valorativas y morales del investigador, que son las que le permiten el distanciamiento crítico y, en definitiva, las que le posibilitan situar adecuadamente el contenido y el valor del otro examinado; y (4), traducir fielmente la realidad de lo descubierto, pero no en su literalidad, sino en su sentido originario, y dejar constancia de ello a través de la escritura, entendida ahora como un encuentro humano, que requiere de la referencia mutua (p. 144).

Al proceder según lo descrito, el antropólogo desarrolla un acto de creatividad y de creación, de manera análoga a como lo hace el artista, y muy especialmente el poeta. El antropólogo, como el poeta, recorre un largo, paciente y sutil camino de descubrimiento que, a la postre, deriva también en su propia transformación personal. Pues, solamente conociendo al otro es posible conocerse a uno mismo, y viceversa, y solamente mediante este diálogo se puede alcanzar la conciencia completa de los límites y de las diferencias entre las culturas, que es, de hecho, la tarea privativa de la antropología social. Llegados a este punto, y consecuentemente con este planteamiento, tal vez le pa-

rezca al lector intrépido que el profesor Sanmartín se queda corto cuando aplica la expresión “antropología creativa” para referirse únicamente a “un momento o aspecto de toda reflexión antropológica” (p. 35). Pues, si se sigue atentamente su argumentación, ese momento es tan semejante al de la creación artística, al de la creación poética, en fin, que quizá debiera sustituirse aquella locución por la de “antropología poética” para denotar momento. Más aún, si se acepta que ese punto de la creación antropológica resulta tan decisivo para el feliz transcurrir de la investigación antropológica, y si es verdad que, como sugería Adorno respecto a la sociología, una disciplina se define por lo que hace, a poco que nos descuidemos, bien debiéramos destinar el mismo rótulo de “antropología poética”, en toda su grandeza, para calificar a la antropología social en su conjunto, como disciplina. Posiblemente así se expresaría con mayor exactitud lo que a todas luces es, en el libro de Sanmartín, una decidida apuesta por una antropología plenamente humanista y, más aún, radicalmente humana.

R. L. BARBEITO IGLESIAS

V. D. Hanson

MATANZA Y CULTURA. BATALLAS DECISIVAS EN EL AUGE DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Turner-FCE, Madrid, 2004, 545 pp.

Victor Davis Hanson es profesor de la California State University y

uno de los más importantes historiadores de los conflictos bélicos. En *Matanza y cultura* presenta un estudio de rai-gambre básicamente sociológica. El libro se estructura en torno a dos hipótesis atractivas y discutibles. La primera afirma que “durante los últimos 2.500 años –(...)-, han existido en Occidente una práctica guerrera compartida, un fundamento común y un método continuado de combatir, que han hecho de los europeos los soldados más letales de la historia de la civilización» (p. 21). Para el profesor Hanson, los ejércitos europeos han sido capaces de, salvo batallas concretas, derrotar a cuantos enemigos no occidentales se han enfrentado. En la explicación de este hecho se encuentra la segunda hipótesis: los ejércitos occidentales no son biológica o naturalmente superiores a sus contrin-cantes, sino que las sociedades europeas en las que surgieron tenían una estructura y cultura particulares que los hicieron ser especialmente eficaces en los conflictos armados. Los ejércitos no occidentales son, al menos, igual de valientes que los occidentales. El éxito de los últimos, por tanto, no radica en las cualidades de los guerreros, sino en las de su cultura y sociedad.

Occidente poseería una cultura militar que le ha conferido una ventaja sobre otras civilizaciones. Los principales elementos de esta cultura militar occidental serían: “la libertad, la batalla decisiva, el militarismo cívico, el racionalismo, la viveza de los mercados, la disciplina, la posibilidad de debate y la libertad de crítica” (pp. 195-196). El ejército occidental desde Grecia y Roma

está basado en una infantería pesada formada por ciudadanos libres, en un militarismo cívico y en formas militares que, de un lado, permiten la discusión y crítica y, de otro, aceptan las innovaciones de la técnica racional y los recursos del mercado y del capitalismo. Además, los ejércitos occidentales han mantenido la doctrina de la batalla decisiva, la idea de jugárselo todo en un solo conflicto directo en el cual se busca la aniquilación total y completa del otro. Por último, un elemento fundamental de la cultura militar occidental es considerar la guerra como una continuación de la política por otros medios y su carácter amoral, libre de “consideraciones rituales, religiosas, éticas o de la tradición” (p. 38).

El autor, pese a lo anterior, no considera el grado de moralidad del método bélico occidental. Es más, si la guerra es inmoral, este método la empeoraría pues multiplica sus efectos perniciosos. Hanson no pretende realizar un tratado de moral, sino encontrar *los motivos culturales y sociales* que hacen que las tropas occidentales sean las más letales y dañinas de la historia, por una parte, y, por otra, explicar por qué han tenido éxito al enfrentarse con ejércitos de civilizaciones no occidentales.

Para ello, utiliza el método de examinar algunas batallas decisivas en el enfrentamiento de tropas occidentales y no occidentales. En concreto repasa las batallas de Salamina (480 a.c.), Gaugamela (331 a.c.), Cannas (216 a.c.), Poitiers (732 d.c.), Tenochtitlán (1521 d.c.), Lepanto (1571 d.c.), Rorke's Drift (1879 d.c.), Midway (1942

d.c.) y la ofensiva del Tet (1968 d.c.). Algunas fueron grandes victorias occidentales (p.e. Salamina, Lepanto o Poitiers) y otras completos desastres (p.e. Cannas), pero todas fueron, a la larga, hitos en el éxito de los militares occidentales. En cada una de estas batallas analiza los factores económicos, sociales y culturales que contribuyeron al éxito a largo plazo de Occidente y el fracaso de las tropas no occidentales. La respuesta, como se ha comentado, descansa en una cultura militar específica que resulta despiadadamente más eficaz que las demás.

Resulta asimismo curioso constatar que para Hanson el mayor peligro para un ejército occidental es otro ejército occidental. De hecho, “el verdadero riesgo para el futuro, [es] el viejo espectro de una guerra espantosa en el seno del propio Occidente, la vieja Europa o los Estados Unidos con el menú completo del dinamismo económico, militar y político de Occidente” (p. 499).

Las ideas expuestas en la obra pueden resultar desagradables, pero es necesario reconocer el papel de la guerra en la consolidación y expansión de la civilización occidental. Algunas interpretaciones del autor, de igual modo, requieren crítica y las mismas hipótesis centrales resultan controvertidas. De hecho, algunas interpretaciones acerca de las culturas no occidentales resultan forzadas y se sobredimensionan aspectos de la cultura occidental. Sin embargo, es loable el intento de explicar el fracaso o el triunfo en las guerras a partir de factores sociales y culturales, no

meramente tácticos o heroicos. La guerra es, reconozcámoslo, un hecho social y como tal ha de ser explicada.

A. MARTÍN CABELLO

F. Álvarez-Uría y J. Varela
SOCIOLOGÍA, CAPITALISMO Y DEMOCRACIA.
GÉNESIS E INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA EN OCCIDENTE
Morata, Madrid, 2004, 391 pp.

Los profesores Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela de la Universidad Complutense presentan en esta obra un cuidado tratado de teoría sociológica. En el mismo, examinan las relaciones entre la sociología, la democracia y el capitalismo; y lo hacen alejándose del estilo ensayístico. El lector encontrará un tratado académico que en sus casi cuatrocientas páginas de texto presenta una historia del nacimiento de la sociología bien documentada y narrada. Buena prueba de ello son las más de quinientas referencias bibliográficas y las abundantes notas a pie de página que dan fe del rigor con que se ha llevado a cabo la investigación aquí presentada.

Existen dos ideas centrales que recorren toda la obra. De un lado, el entendimiento de la unión entre el desarrollo social y la teoría social; es decir, remarcar el carácter histórico y contingente de la producción sociológica. “De este modo quizás sea posible romper con esa ya larga tradición instituida por los sociólogos de Chicago,

y continuada con la hegemonía del funcionalismo norteamericano, que consiste en una presentación desterritorializada y deshistorizada de las producciones sociológicas” (p. 20). La teoría sociológica es más que una historia de las ideas, toda producción social tiene un fundamento histórico concreto y la propia teoría influye en la sociedad. El fenómeno de la reflexividad social, pues, es un hilo conductor de toda la obra.

De otro lado, el papel de la sociología y la teoría social en la construcción de un mundo más justo, igualitario y democrático. Como afirman los autores, “los sociólogos estamos obligados a conocer nuestra tradición y las raíces sociales que la hicieron posible. Estamos obligados a profundizarla y transmitirla a las nuevas generaciones para concurrir así a proporcionar instrumentos de conocimiento que sirvan al perfeccionamiento social y moral de las sociedades” (p. 374). La sociología, por tanto, es parte de un proyecto de lucha por la justicia y el progreso social. La teoría sociológica desde esta perspectiva se orienta, consecuentemente, al servicio de la sociedad. La sociología no es una ciencia “pura”, nunca está alejada, aunque así se plantee, de los problemas y circunstancias en las que se elaboran las teorías.

El libro se divide en tres grandes apartados. El primero recoge la génesis de la sociología, influida por el surgimiento de la economía capitalista e industrial y por la presión hacia formas democráticas de gobierno. Destacan

aquí el análisis del liberalismo, de la llamada “cuestión social” y del socialismo. La segunda parte recoge la institucionalización de la sociología, tanto en Alemania donde ejerció un papel crucial Max Weber y los “socialistas de cátedra”, como en Francia (Emile Durkheim) y los Estados Unidos con la Universidad de Chicago al frente. El repaso de la institucionalización de la sociología concluye con una revisión de las teorías de la circulación de las elites (Pareto, Michels). Por último, de un modo más breve, la tercera parte adelanta el cambio de paradigma sufrido por la sociología durante el siglo XX.

En definitiva, este es un libro de tesis, que trata de relanzar la teoría clásica en la construcción del mundo actual. “El retorno a las producciones intelectuales de Marx, Durkheim y Max Weber, entre otros sociólogos de los que nos hemos ocupado en este libro, es necesario y urgente para restaurar las tradiciones rotas, para recuperar en nuestros análisis el peso de la historia, en fin, para hacer operativo un modelo genealógico de indagación al servicio de la verdad, y por tanto también al servicio de la profundización democrática que conducirá al mundo hacia el socialismo democrático. El socialismo democrático, es decir, la profundización del Estado social, es en la actualidad la alternativa más razonable” (p. 371). Encontramos una historia de la teoría sociológica que trata de ligarla con los debates políticos y sociales actuales. En este libro se trata, en definitiva, de dar vida a la teoría social.

A. MARTÍN CABELLO

A. Fernández Steinko

CLASE, TRABAJO Y CIUDADANÍA.

INTRODUCCIÓN A LA EXISTENCIA SOCIAL

Biblioteca Nueva, Madrid, 2004, 266 pp.

La presente obra no es sólo un manual introductorio a los conceptos básicos de la sociología, de la estructura y del cambio social en particular, sino que nos ofrece una original visión de las clases sociales, la familia, el Estado del Bienestar o la ciudadanía al vertebrarlas alrededor del trabajo. El libro se estructura en cuatro partes: una primera (La realidad y su construcción) dedicada a analizar la existencia como elemento principal en la vida individual y social. Una segunda parte (Modalidades y conexiones del trabajo social) donde se analizan los distintos tipos de trabajo que han existido en la historia humana, y nos explica que el trabajo ha sido siempre el centro de la evolución social. Una tercera parte (Ciudadanía y existencia social) que analiza la ciudadanía en los distintos períodos histórico-políticos, y la relación de ésta con los distintos modelos de Estado, y con el trabajo remunerado. Y una cuarta parte (Estado, clases y estrategias corporativas) que nos define el corporativismo en todas sus modalidades a lo largo de la historia.

Una primera idea parte del presupuesto de que todo desarrollo ideológico, identitario o económico que muestre interés por lo que realmente preocupa a la gente conseguirá un mayor apoyo popular y la implicación ciudadana. Así, estudios recientes nos muestran que

hoy día el ámbito laboral (trabajo doméstico, remunerado y comunitario) ocupa casi el 90% de nuestro tiempo, e incluso el resto de preocupaciones sociales (tales como vivienda, realización personal, felicidad, etc.) están relacionadas con el trabajo. Basta con consultar los últimos barómetros del CIS para observar que las principales preocupaciones del individuo giran en torno a la actividad laboral. Por desgracia, las elites gobernantes han vivido siempre alejadas de esta preocupación social. El *Establishment* (medios de comunicación o comunidades científicas, políticas y académicas) como creador de realidad, impone sus símbolos y universos de significados frente a los de los demás utilizando el espacio de la opinión pública generado por los medios de comunicación que adquieren cada vez más protagonismo, ya que, como práctica cotidiana, filtran las opiniones de los distintos individuos dejando pasar sólo las más generales. Cuando ese filtrado no recoge lo que realmente preocupa a los ciudadanos, y el objetivo es crear mercancías que generen un beneficio económico, entonces surge el peligro de que las decisiones de las clases dominantes influyan sobre las clases subalternas, al disponer las primeras de más recursos para crear opinión, para “comprar” esos espacios para el diálogo y el intercambio de ideas. Esto no significa que las construcciones discursivas sean exclusivamente manipulaciones, pero sí que la manipulación existe.

Otra idea del libro es que el trabajo tiene que ser mucho más que una actividad valorizadora destinada a con-

vertir esfuerzo en dinero. Tiene que ser algo más general que defina la relación del ser humano tanto con la naturaleza en la que desarrolla ese trabajo, como con la sociedad de la que forma parte. Y partiendo de esta premisa, el modo de trabajo principal para A. Fernández Steinko es el trabajo social, definido como la parte del trabajo humano en el que intervienen otros, es decir, en el que se produce cooperación con el trabajo de otros. También sería aquel trabajo que se presta individualmente pero que está destinado a satisfacer necesidades ajenas. Interesante en el desarrollo de este apartado es el análisis de las distintas formas de trabajo que se han ido desarrollando a lo largo de la evolución del concepto, el trabajo esclavo (forma más extrema de trabajo basado en la coerción en la que el esclavo no tiene ningún derecho), la servidumbre (trabajo no libre, aunque a diferencia del esclavo el siervo tiene algunos derechos esenciales), trabajo remunerado (todo aquel desempeñado por un trabajador jurídicamente libre a cambio de una contraprestación), y trabajo no remunerado (actividades fuera del mercado que no aparecen ni en las estadísticas sobre el PIB ni en las de trabajo sumergido).

Continúa el autor analizando el concepto de ciudadanía en torno a una doble tipología en función del sistema político que se diera en cada época y lugar. De este modo pasa a analizar la ciudadanía liberal y la republicana, a compararlas en función de sus aspectos más representativos y a explicar su relación con el trabajo remunerado. Posteriormente nos introduce en el aná-

lisis de la génesis, desarrollo y consolidación del Estado del Bienestar (aquella forma del poder político en la comunidad que comporta una responsabilidad de los poderes públicos en orden a asegurar una protección social y bienestar básico para sus ciudadanos), si bien aclara que es una categoría ambigua que admite muchas lecturas. Así, establece tipologías del mismo (modelo liberal, modelo socialdemócrata, modelo demócrata-cristiano y modelo ultraconservador).

Por último la obra desarrolla la idea de la *estrategia corporativa* como nueva forma de intervención pública en la vida social, de regulación de todo el trabajo social, remunerado o no. En el modelo planteado, el Estado se debe convertir en representante de la sociedad y, como tal, intervenir en la organización del trabajo social como un tercer interlocutor junto al trabajo remunerado y el capital, o los empresarios. Ahora bien, el Estado no es una variable independiente o neutral y a lo largo de la historia ha ocupado distintas posiciones definiendo tres grandes periodos. El primero entre 1860 y 1945 basado en el corporativismo organicista, en el que hay una marcada falta de neutralidad del Estado en el conflicto laboral, decantándose hacia el lado del capital y de los propietarios de los recursos económicos y sociales. El segundo periodo, entre 1945 y 1990, desarrolla el corporativismo de clase, en el que el mundo del trabajo es admitido por primera vez dentro del sistema político y se le reconocen derechos que antes parecían más bien concesiones temporales. Finalmente a partir de 1990 surge un nuevo modelo corporativo en el que el

Estado y los sucesivos gobiernos vuelven a inclinarse hacia los intereses del empresariado, con el fin de hacer frente a las consecuencias de la desregulación económica internacional que ellos mismos han puesto en marcha. De este modo surge el corporativismo para la competitividad.

No cabe duda de que nos encontramos ante una investigación notable a la hora de hacer frente al tema objeto de estudio, ya que el trabajo, con sus múltiples variantes (trabajo remunerado, autónomo, doméstico, comunitario o sumergido), con sus tiempos y su presencia ramificada en la existencia de las personas, no sólo ofrece un rico cuadro explicativo de la modernidad, de la transición del feudalismo al capitalismo o de las diferentes tipologías del Estado del bienestar, sino que además, abre nuevas líneas de investigación para el estudio de las sociedades complejas, para el esbozo de los grandes temas que hoy preocupan a la ciencia social, así como para la comprensión de las grandes trayectorias culturales, ideológicas y familiares que se dan dentro del continente europeo.

R. SÁNCHEZ VIRSEDA

A. Martín Cabello

LA ESCUELA DE BIRMINGHAM. EL CENTRE FOR CONTEMPORARY CULTURAL STUDIES Y EL ORIGEN DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

Dykinson, Madrid, 2006, 300 pp.

Antonio Martín Cabello, profesor de la Universidad Rey Juan Carlos, presenta un detallado estudio sobre la

génesis y desarrollo del trabajo intelectual de la denominada Escuela de Birmingham. Esta fue un centro de investigación enclavado en la Universidad de Birmingham, en el centro de Inglaterra, que se dedicó a investigar la cultura de las sociedades industriales avanzadas e inició una nueva disciplina académica con tal objeto: los estudios culturales o *cultural studies*. Durante los años sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado constituyó, afirma el autor, un importante centro de investigación y teorización sociológica, además de un importante núcleo de pensamiento para la izquierda británica.

En el primer capítulo, por un lado, presenta el contexto social en el que surgió esta escuela de pensamiento, haciendo un breve repaso de la historia social, política, económica y cultural del Reino Unido en el siglo XX; y, de otro, recoge las principales influencias teóricas que conformaron este nuevo campo de estudio: el marxismo, en especial su interpretación por Antonio Gramsci; la semiótica y el estructuralismo; y la sociología interaccionista frente al paradigma funcionalista. En el segundo se profundiza el contexto intelectual más inmediato en el cual surge la Escuela. En primer lugar, la llamada polémica “cultura y sociedad” durante el siglo XIX, que reflejaba los temores del pensamiento conservador, incluso reaccionario, ante el advenimiento de la cultura industrial. Autores como Mathew Arnold o Frank R. Leavis son los más representativos de esta corriente. Sin embargo, las influencias más directas y dura-

deras serán las de Richard Hoggart, un leavisiano de izquierdas, y de los marxistas Raymond Williams y Edward P. Thompson. Los dos últimos trataron de reformular el marxismo clásico y hacerlo menos determinista para explicar el funcionamiento del campo cultural.

Posteriormente, en el tercer capítulo, se recogen las aportaciones de los dos grandes directores del *Centre for Contemporary Cultural Studies* (CCCS): Stuart Hall y Richard Johnson. Abarcan el periodo más fructífero de la Escuela, de 1969 a 1988, y en ella se desarrollaron muchos de los presupuestos metodológicos y teóricos propios de la misma: el gramscianismo, el modelo comunicativo de codificación-decodificación, la preferencia por la observación directa y los medios de investigación participativos, el interés por la historia social, etc. Los capítulos posteriores recogen monográficamente los principales temas que preocuparon y sobre los que investigaron los miembros del CCCS.

La investigación sobre las subculturas juveniles es descrita en el cuarto capítulo. Este es quizá el tema por el cual es más conocida la Escuela de Birmingham. Las culturas juveniles son contempladas como una respuesta de una fracción de la clase obrera, los jóvenes, ante las demandas que les imponen la cultura dominante y la de su clase social de origen o cultura parental. Este capítulo se encuentra estrechamente ligado con el siguiente, donde se describe el paradigma para el estudio de la comunicación colectiva (rechazan el concepto de masa). El más conocido y

base de los demás es el paradigma de codificación-decodificación elaborado por Stuart Hall. Se contempla la comunicación como un proceso “sistemáticamente distorsionado”, donde el momento de la emisión y la recepción son relativamente autónomos. El hincapié en la recepción es vital y se reivindica el papel de la cultura de la audiencia como mediador crucial en la comunicación colectiva. A partir de ahí, se elabora una teoría sobre el arte, en sus múltiples expresiones, que en todo momento es visto como fruto de un estrato social específico, rechazándose la existencia de un arte alejado de sus condicionamientos sociales.

El sexto capítulo alberga la concepción de la ideología y el lenguaje, quizá el área donde más se ven las costuras de la construcción teórica del CCCS, y se hace un recuento de los desarrollos de la educación en el Reino Unido, ligando las diferentes reformas legislativas con las bases pedagógicas, políticas y sociales en las cuales estaban basadas. El capítulo siete presenta un nuevo foco de interés del CCCS: la raza y el género, que vienen a completar su análisis de los condicionantes estructurales de los fenómenos culturales. Resulta especialmente significativo el modo en el que se integran estas variables en el análisis de clase, hecho que diferencia los estudios culturales británicos de formas posteriores de análisis. La raigambre sociológica de la escuela queda patente en este capítulo, frente a posteriores desvíos postmodernos de los estudios culturales.

En los años ochenta la escuela cambió sus intereses intelectuales, para

acomodarse a la victoria de los neo-conservadores liderados por Margaret Thatcher. El estudio de la cultura popular decreció, sin desaparecer, prestándose una mayor atención al estudio de la historia social y de las instituciones políticas. Especialmente revelador resultó el estudio de las estructuras significativas que permitieron el auge de la nueva derecha y su triunfo electoral. La causa para el CCCS, dibujada esquemáticamente, era que la derecha fue capaz de amalgamar un discurso basándose en el sentido común, o filosofía común, del pueblo. Los estudios sobre educación, antes citados, sobre la memoria popular o sobre la cultura obrera se desarrollaron en esta línea.

El libro finaliza con un capítulo que recoge la decadencia del CCCS como centro creador de investigación y teoría sociológica en los años noventa. Su institucionalización, pasó a ser un departamento al uso de la Universidad de Birmingham, junto a la de los estudios culturales, que en los países anglosajones se incorporaron al currículo académico, supuso un duro golpe para la Escuela. Puede decirse, vista la obra del profesor Martín Cabello, que la Escuela de Birmingham desapareció presa de su éxito.

Encontramos, pues, una obra fundamental para comprender uno de los desarrollos teóricos con más pujanza en el circuito académico en los últimos tiempos. Obra fundamental, pues es pionera en nuestro país, en el que hasta este momento solamente se podían encontrar algunos recuentos parciales sobre el CCCS, pero no un com-

pendio totalizador de la producción intelectual de esta Escuela.

R. SÁNCHEZ VIRSEDA

J. Beriain

MODERNIDADES EN DISPUTA

Anthropos, Barcelona, 2005, 338 pp.

Temas centrales de la sociología, la modernización y la modernidad, planteados ya en las propuestas teóricas de los considerados fundadores de la disciplina, suscitan creciente interés en la actualidad entre los estudiosos de las ciencias sociales en respuesta a la dinámica teñida de efectos imprevisibles y no deseados que caracteriza la sociedad global en que vivimos. Tan interesante línea de trabajo cuenta en nuestro país, desde hace años, con las aportaciones notables y sucesivas de Josetxo Beriain, profesor titular de Sociología en la Universidad Pública de Navarra, quien retoma el análisis crítico de la modernidad desde la dual perspectiva cultural y política en el libro titulado *Modernidades en disputa*, de reciente publicación por la editorial Anthropos.

En la *Introducción* de dicho volumen, tras un breve *Prefacio* firmado por S. N. Eisenstadt, el autor avanza su desacuerdo respecto a identificar la modernidad exclusivamente con los eventos, fases y rasgos que configuran este proceso en Occidente durante los últimos trescientos años, abogando en cambio por la indagación de los caminos específicos de realización de la

modernidad en el seno de las diversas civilizaciones, dado que todas ellas “tienen unos determinados patrones de racionalización y unos portadores de acción colectiva que pugnan por definir la modernidad en sus propios términos, por diferente que esto pueda ser expresado.” (p. 4). Al asumir esta perspectiva, cabe hablar de un choque de modernidades, y no de civilizaciones como propone S. P. Huntington o de «fin de la historia» como afirma F. Fukuyama. No otro es el sentido atribuible a las fisuras internas que manifiesta la modernidad en las sociedades occidentales.

A partir de la idea de una constelación de modernidades múltiples con sus propias tendencias de racionalización, y ayudándose de las contribuciones de la sociología, la historia y el pensamiento filosófico, el profesor J. Beriain lleva a cabo, a lo largo de los cinco capítulos que estructuran el volumen, un completo y riguroso análisis crítico en torno a la poliédrica redefinición de la modernidad desde su génesis en Europa occidental hasta las configuraciones que adopta en otras latitudes e incluso bajo el ropaje antimodernidad de los fundamentalismos. Ninguno de esos escenarios escapa a la violencia colectiva y sus trágicas secuelas, en una espiral creciente de terror que deshumaniza la historia del siglo XX y que lleva al autor a replantear la apelación kantiana a la paz universal como reto de globalizar la sociedad civil. Se indaga, a continuación, en un variopinto mapa de imaginarios sociales y mentalidades en pugna, de políticas culturales

en expansión y difusión, tan indefinibles como sus límites, pero reconocibles más allá de los elementos fluctuantes o rígidos que las configuran y en estrecha conexión con nuevas formaciones institucionales, que también se ven abocadas a la apertura y la incertidumbre. Finalmente, las modernidades múltiples se reflejan, como imágenes especulares, en los modos dispares de socializar a los sujetos, cada vez más identificables con personajes contingentes que tienden a la indefinición.

Se trata, en definitiva, de un libro bien construido en su estructura, rico en matices y en la argumentación y exposición de los contenidos, apenas esbozados en esta sucinta referencia, por lo que se invita a los interesados en el tema a una lectura atenta del mismo, tarea ésta que, por otra parte, facilita el estilo dinámico del autor y su magnífica preparación para desentrañar el núcleo de la modernidad a la luz de la disparidad de concepciones que la interpretan y asumen.

I. MORÁN MORÁN